

Cátedra: Estética (7 COPIAS)  
Prof. FABIANI

Burke, E.

De lo sublime y de lo bello

Barcelona, Altaya, 1998

CENTRO DE COPIADO DE HUMANIDADES

CARRERA Filo

CÁTEDRA estéticas

CÓDIGO F114-20

DESCRIPCIÓN 27/8/03

AUTOR Burke

TÍTULO

TÍTULOS

COPIAS: 7 MONTO \$

## Sobre el gusto

(Discurso preliminar)

A primera vista, puede parecer que nuestros razonamientos difieren mucho de los de los demás, al igual que nuestros placeres: pero, pese a lo que puedan diferir, hecho que creo más aparente que real, es probable que la norma en lo concerniente a la razón y al gusto sea la misma en todas las criaturas humanas. De no haber algunos principios en lo relativo a nuestro juicio y sentimientos comunes a toda la humanidad, sería imposible aprehender su razón o sus pasiones lo suficiente para mantener la ordinaria correspondencia de la vida. En efecto, parece que, por lo general, se admite que con respecto a la verdad o falsedad hay algo fijado. Cuando se discute, vemos a la gente apelando a ciertos criterios y pautas, que son válidas para todas las partes, y se suponen inherentes a nuestra naturaleza común. Pero, no hay la misma conformidad obvia acerca de ningún principio uniforme o establecido, relacionado con el gusto. Muy al contrario, de ordinario, se cree que esta facultad delicada y aérea, que parece demasiado volátil para resistir siquiera las cadenas de una definición, no se puede poner a prueba debidamente bajo ningún criterio, ni medirse por ninguna norma. Es tan constante la necesidad de ejercer la facultad de razonar, y se ve tan reforzada por la perpetua contienda, que, entre los más ignorantes, parece haber ciertas máximas de sentido común tácitamente establecidas. Los eruditos han hecho progresos en esta ruda ciencia, y han reducido aquellas máximas a un sistema. Si el gusto no se ha cultivado tan felizmente, no ha sido porque el tema fuera estéril, sino porque los que han trabajado en él han sido pocos o negligentes; pues, a decir verdad, los motivos que nos impulsan a fijar lo uno no tienen el mismo interés que los que nos apremian a averiguar lo otro. Y, después de todo, si los hombres tienen diferentes opiniones acerca de semejantes temas, sus diferencias no acarrear consecuencias tan importantes; de otro modo, no dudo que la lógica del gusto, si se me permite la expresión, pueda digerirse tan bien, y podíamos discutir temas de este tipo con tanta seguridad, como aquéllos que parecen pertenecer más directamente a la esfera de la mera razón. Y, en efecto, es absolutamente necesario, al iniciar una investigación como la presente, aclarar este punto lo más posible. Si el gusto no tiene unos principios fijos, y si la imaginación no se ve afectada

de acuerdo con algunas leyes invariables y seguras, nuestro trabajo probablemente servirá de muy poco, en la medida en que se ha de juzgar como empresa inútil, cuando no absurda, poner reglas al capricho y erigirse en legislador de antojos y fantasías.

El término gusto, como todos los términos figurativos, no es totalmente exacto; lo que entendemos por él dista mucho de una idea simple y determinada en las mentes de muchos hombres, y, por consiguiente, es propenso a la incertidumbre y a la confusión. No me gustan mucho las definiciones, el aciamado remedio para la cura de este desorden. Pues, cuando las hacemos, parecemos correr el riesgo de circunscribir la naturaleza entre los límites de nuestras propias nociones, que a menudo hacemos nuestras al azar, abrazamos con los ojos cerrados, o formamos a partir de una consideración limitada y parcial del objeto que se nos presenta; en lugar de extender nuestras ideas para abordar todo lo que la naturaleza abarca, según su manera de combinar. En nuestra investigación, nos hallamos limitados a las estrictas leyes a que nos hemos sometido desde el principio.

—*Circa vilem patulumque morabimur orbem,  
Unde pudor proferre pedem vetat aut operis lex*<sup>1</sup>.

Una definición puede ser muy exacta, y, sin embargo, servir de muy poco para informarnos acerca de la naturaleza de la cosa definida; pero, sea cual fuere la virtud de una definición, en el presente orden de cosas, parece más bien derivarse de nuestra investigación que precederla, y por lo tanto debería considerarse como resultado de ésta. Ha de admitirse que los métodos de disquisición y enseñanza pueden ser a veces diversos, y, sin duda, por buenas razones; pero, en lo que a mí respecta, estoy convencido de que el método de enseñanza que más se aproxima al método investigador es incomparablemente el mejor. Este, no satisfecho con ofrecer unas cuantas verdades estériles, conduce al tronco del que nacieron; tiende a colocar al lector tras las huellas de la invención, y dirigirlo por aquellos caminos en los que el autor ha hecho sus propios descubrimientos, en el supuesto caso de que sea feliz por haber hecho alguno válido.

Pero, con el fin de evitar todo pretexto para cavilar, no entiendo por la palabra Gusto más que aquella facultad o aquellas facultades de la mente, que se ven influenciadas por, o que forman un juicio acerca de, las obras de la imaginación y las artes elegantes. Esta es, creo, la idea más general de aquella palabra, y la que tiene menos conexión con alguna teoría particular. Mi objeto en esta investigación es encontrar principios, de haberlos, que afecten a la imaginación, tan co-

<sup>1</sup> Nos detendremos junto a un mundo vil y banal, / donde el pudor o la ley del esfuerzo impide poner el pie.

munes a todos, tan fundados y ciertos, que puedan proporcionar los medios para razonar satisfactoriamente sobre ellos. Y me figuro que tales principios del gusto existen, por paradójico que parezca a aquéllos que a primera vista imaginan, que hay una diversidad de gustos tan enorme, por cuanto al tipo y al grado, que nada puede ser más indeterminado.

Todas las potencias naturales del hombre que conozco, y que establecen relación con los objetos externos, son los sentidos, la imaginación y el juicio. Y, en primer lugar, con respecto a los sentidos, suponemos, y hemos de suponer, que, como la configuración es casi, o más o menos, la misma en todos los hombres, la manera de percibir objetos externos es la misma en todos los hombres, o difiere poco. Estamos convencidos de que lo que parece luminoso a un ojo, parece luminoso al otro; que lo que resulta dulce a un paladar, es dulce para otro; que lo que es oscuro y amargo para este hombre, es igualmente oscuro y amargo para aquél. Y concluimos una cosa semejante de lo grande y lo pequeño, de lo duro y de lo blando, lo caliente y lo frío, lo rugoso y lo liso, y, efectivamente, de todas las cualidades y afeciones naturales de los cuerpos. Si nos permitimos imaginar, que sus sentidos presentan a diferentes hombres diferentes imágenes de las cosas, este escéptico procedimiento hará que todo tipo de razonamiento sobre cualquier tema sea vano y frívolo, incluso aquel razonamiento escéptico que nos había persuadido para considerar una duda en lo relativo a la concordancia de nuestras percepciones. Pero, como poca duda cabe que los cuerpos presentan imágenes similares a la especie entera, se ha de conceder necesariamente que los placeres y pesares que cualquier objeto provoca en un hombre también los causa en toda la humanidad, cuando actúa naturalmente, simplemente, y sólo por sus propios medios. Si negamos esto, hemos de imaginar que la misma causa, actuando del mismo modo y sobre sujetos de la misma clase, producirá efectos diferentes, lo cual sería muy absurdo. Consideremos primero este punto, en el sentido del gusto, y antes que nada, en la medida en que tal facultad ha tomado su nombre de este sentido. Todos los hombres están de acuerdo en decir que el vinagre es agrio, la miel, dulce, y el acíbar, amargo; y en la medida en que todos coinciden en encontrar estas cualidades en aquellos objetos, no disienten tampoco por cuanto a sus efectos en lo relativo al placer y al dolor. Todos concuerdan en llamar agradable la dulzura, y desagradable la acidez. En esto no hay diversidad de sentimientos: y el hecho de que no la hay se manifiesta claramente en el consentimiento de todos los hombres sobre las metáforas que se extraen del gusto. Un temperamento agrio, expresiones y maldiciones amargas, y un destino amargo, son cosas que todos entendemos a la perfección. Y, en conjunto, se nos entiende de igual modo, cuando nos referimos a una buena disposición, a una buena persona, a una buena condición y a

otras cosas parecidas. Es sabido que la costumbre y otras causas han provocado muchas desviaciones de los placeres o penas naturales, que corresponden a los distintos gustos: pero, en tal caso, el poder de distinguir entre el apetito natural y el adquirido no desaparece nunca. Con frecuencia, un hombre acaba prefiriendo el sabor de tabaco al del azúcar, y el sabor del vinagre al de la leche; pero, esto no siembra la confusión entre sabores, mientras aquél sea consciente de que el tabaco y el vinagre no son dulces, y sepa que el mero hábito ha predisposto su paladar para estos extraños placeres. Hasta con esta persona podemos hablar sobre gustos con precisión suficiente. Pero, de encontrar a un hombre que afirmara que, para él, el tabaco tiene un sabor parecido al del azúcar, y que no puede distinguir entre la leche, agria, y el azúcar, amargo, deduciríamos inmediatamente que los órganos de este hombre no funcionan, y que su paladar está profundamente viciado. Distamos tanto de conversar con tal persona sobre gustos, como de razonar en lo concerniente a las relaciones de cantidad con alguien, que negara que todas las partes juntas eran iguales al todo. A semejante hombre no le consideramos equivocado por sus apreciaciones, sino absolutamente loco. Excepciones de este género, en cualquiera de estos aspectos, no nos ponen en tela de juicio nuestra regla general, ni nos hacen concluir que los hombres tienen varios principios respecto a las relaciones de cantidad, o al gusto por las cosas. De manera que, cuando se dice que no hay discusión posible en materia de gustos, sólo se pretende decir, que nadie puede contestar estrictamente qué placer o pena puede experimentar un hombre particular al probar una cosa particular. Esto, en efecto, es indiscutible; pero podemos discutir, y además con suficiente claridad, sobre las cosas que son naturalmente placenteras o desagradables para los sentidos. Aunque, cuando hablamos de un sabor peculiar o adquirido, entonces hemos de conocer los hábitos, los prejuicios o los males de este hombre particular, y hemos de extraer nuestra conclusión de todo ello.

Esta coincidencia del género humano no se da únicamente en el gusto. El principio de placer derivado de la vista es el mismo en todos. La luz es más placentera que la oscuridad. El verano, cuando la tierra se viste de verde, y cuando los cielos están serenos y brillan, es más agradable que el invierno, donde todo tiene otro aspecto. No recuerdo que se haya mostrado algo bello, sea un hombre, una bestia, un pájaro o una planta, incluso a un centenar de personas, y no haya sido admitido como tal por todas ellas, pese a que alguna pudiera pensar que esperaba mucho más o que hay cosas todavía mejores. No creo que ningún hombre piense que una oca es más hermosa que un cisne, ni que imagine que una gallina de Frisia es superior a un pavo real. Obsérvese también que los placeres de la vista no son tan complicados ni confusos, y que tampoco los alteran hábitos y asociaciones artificiales, como ocurre con los placeres del gusto; porque los

placeres de la vista se conforman más comúnmente a ellos mismos, y no son alterados tan a menudo por consideraciones ajenas a la propia vista. Pero, las cosas no se presentan tan espontáneamente al paladar como a la vista; al primero se dan a modo de alimento o medicina. Y, gracias a las cualidades que poseen para fines nutritivos o medicinales, a menudo forman el paladar gradualmente, y a fuerza de estas asociaciones. Así, el opio es placentero para los turcos, merced al agradable delirio que produce. El tabaco constituye el verdadero deleite de los holandeses, porque difunde cierto estupor y un aturdimiento placentero. Los licores fermentados agradan a nuestro vulgo, porque barren toda preocupación y consideración acerca del futuro de los males presentes. Todos ellos se rechazarían por completo, si sus propiedades no rebasaran las meras propiedades del sabor. Pero, todos juntos, con el té y el café, y algunas otras cosas, han pasado de las boticas a nuestras mesas, y se empezaron a tomar por sus efectos saludables mucho antes que por placer. El efecto de la droga ha hecho que la utilizáramos a menudo; y el uso frecuente, combinado con el efecto agradable, ha hecho finalmente su gusto agradable. Pero, esto no confunde nuestro razonamiento lo más mínimo; porque distinguimos hasta el final el apetito adquirido del natural. Al describir el gusto de una fruta desconocida, raramente diríamos que tiene un sabor dulce y placentero como el tabaco, el opio, o el ajo, aunque habláramos con aquéllos que usaran constantemente estas drogas, y experimentarían gran placer con ellas. En todos los hombres hay una memoria suficiente acerca de las causas naturales de placer, que los capacita para conducir todas las cosas que se les ofrecen a los sentidos, a este nivel, y para regular sus sentimientos y opiniones por él. Imaginad a alguien que tuviera tan viciado su paladar, que sintiera más placer degustando opio que mantequilla o miel, y se prestara a que se le ofreciera una bola de cebollas; no cabe duda que preferiría la mantequilla o la miel a esta mezcla nauseabunda, o a cualquier droga amarga a la que no estuviera acostumbrado. Lo que demuestra que su paladar es naturalmente como el de otros hombres en todas las cosas, que es como el paladar de los demás hombres en muchas cosas, y sólo está viciado en algunos puntos particulares. Pues, al juzgar cualquier cosa nueva, incluso un sabor similar al que la costumbre le ha hecho que le guste, encuentra su paladar afectado de una manera natural y sobre la base de principios comunes. Así, el placer de todos los sentidos, de la vista, e incluso del gusto, que es el más ambiguo de todos, es el mismo en todos los hombres, sean altos o bajos, sabios o ignorantes.

Además de las ideas, con sus penas y placeres anexos, que son presentados por los sentidos, la mente del hombre posee una especie de poder creativo de por sí, sea representando a su antojo imágenes de cosas en el orden y según la manera en que fueron recibidas por los

sentidos, o combinando aquellas imágenes de una nueva manera y según un orden diferente. Este poder se llama imaginación; y a ella pertenece todo lo que llamamos ingenio, fantasía, invención, y lo que se le parece. Pero, hay que tener en cuenta, que tal poder de la imaginación es incapaz de producir nada absolutamente nuevo; sólo puede variar la disposición de aquellas ideas que ha recibido de los sentidos. Ahora bien, la imaginación es la provincia más extensa del placer y del dolor, al igual que es la región de nuestros miedos y esperanzas, y de todas las pasiones que están en conexión con ellas. Cualquiera que sea el cálculo que se haga para influir en la imaginación con estas ideas directrices, en virtud de una impresión natural original, ha de causar el mismo impacto casi a todos los hombres. Ya que la imaginación sólo es la representación de los sentidos, sólo puede complacerse o disgustarse con las imágenes, partiendo del mismo principio por el que los sentidos se complacen o disgustan con las realidades; y, por consiguiente, tiene que haber una concordancia tan estrecha entre las imaginaciones de los hombres, como entre sus sentidos. Basta un poco de atención para convencernos de que esto es así necesariamente.

Pero, en la imaginación, además del dolor o del placer que se desprenden de las propiedades del objeto natural, se percibe un placer según el parecido que la imitación tiene con el original: la imaginación, en mi opinión, no puede tener más placer que el derivado de una u otra de estas causas. Y estas causas actúan bastante uniformemente en todos los hombres, porque actúan según principios existentes en la naturaleza, y que no se desprenden de ningún hábito o ventaja particular. El Sr. Locke observa muy justa y delicadamente, que el ingenio está principalmente versado en trazar semejanzas: destaca al mismo tiempo que la tarea del juicio reside más bien en encontrar diferencias. Tal vez parezca, en base a esta suposición, que no hay distinción material entre el ingenio y el juicio, en la medida en que ambos parecen derivar de diferentes operaciones de la misma facultad de *comparar*. Pero, en realidad, dependen o no del mismo poder de la mente, difieren materialmente tanto, en muchos aspectos, que una unión perfecta de ingenio y juicio es una de las cosas más raras del mundo. Cuando dos objetos inconfundibles no se parecen es lo único que esperamos; las cosas son como tienen que ser. Por consiguiente, no causan ninguna impresión en la imaginación; pero, cuando dos objetos inconfundibles se parecen nos causan impacto, les prestamos atención y nos sentimos complacidos. La mente del hombre da muestras de alacridad y satisfacción mucho mayores trazando semejanzas que buscando diferencias; al establecer semejanzas, producimos *nuevas imágenes*, unimos, creamos y ampliamos nuestros sentidos. Pero, al establecer distinciones, no ofrecemos alimento a la imaginación: la tarea es en sí misma más severa y fastidiosa, y el placer

que extraigamos de ello, cualquiera que sea, es algo de naturaleza negativa e indirecta. Por la mañana se me da una noticia; ésta, meramente en calidad de noticia, como un hecho añadido a mi surtido, me da cierto placer. Al anochecer, me doy cuenta de que no había nada en ella. ¿Qué gano con esto, sino la insatisfacción de ver que se me ha embaucado? De ahí que los hombres se inclinen mucho más por la fe que por la incredulidad. Y es en base a este principio, que las naciones más ignorantes y bárbaras han sobresalido con frecuencia en similitudes, comparaciones, metáforas y alegorías, y que han sido débiles y tímidas en distinguir y clasificar sus ideas. También por una razón de este tipo, Homero y los escritores orientales, aunque muy aficionados a las similitudes y aunque descubren algunas verdaderamente admirables, raramente se preocupan de que sean exactas; esto es, sólo reparan en la semejanza general, la pintan fuertemente, y no se percatan de la diferencia que puede encontrarse entre las cosas comparadas.

Como el placer de la semejanza es el que halaga principalmente la imaginación, casi todos los hombres son iguales en este punto, hasta donde llega su conocimiento de las cosas representadas o comparadas. El principio de este conocimiento es mucho más accidental, por cuanto depende de la experiencia y de la observación, y no de la fuerza o debilidad de ninguna facultad natural; y de esta diferencia en el conocimiento procede lo que comúnmente llamamos, aunque no con gran exactitud, diferencia de gustos. Un hombre, para el que la escultura es nueva, al ver los aparejos de un barbero o alguna pieza de estatuaría ordinaria, se queda inmediatamente perplejo y satisfecho, porque ve algo parecido a una figura humana; y, completamente absorbido por este parecido, no presta atención a sus defectos. No creo que a nadie pueda ocurrirle lo mismo al ver una imitación. Supongamos que este principiante se detiene, al cabo de un rato, ante una obra más artificial de la misma naturaleza; a partir de ese momento, empieza a contemplar con desprecio lo que antes admiraba; no porque lo admirase incluso entonces por su ausencia de parecido con un hombre, sino por la semejanza general, aunque inexacta, que tenía con la figura humana. Lo que admiraba, en distintos momentos, en figuras tan distintas, es estrictamente lo mismo; y, pese a que su conocimiento mejora, su gusto no se altera. Hasta aquí, su error consistía en una falta de conocimientos en arte, y esto se debía a su inexperiencia; pero, también podría atribuirse a una falta de conocimiento de la naturaleza. Es posible que el hombre, en cuanto tal, se detenga aquí, y que la obra maestra de una gran mano no le complazca más que la representación mediana de un vulgar artista. Y ello no se debe a la carencia de un gusto mejor o más elevado, sino a que ningún hombre observa con suficiente detenimiento la figura humana, como para poder juzgar adecuadamente una imitación de ésta.

El hecho de que el gusto crítico no depende de un principio superior en los hombres, sino de un conocimiento superior, se puede comprobar a través de numerosos ejemplos. La historia del viejo pintor y del zapatero es bien conocida. El zapatero corrige al pintor algunos errores que ha hecho en el zapato de una de sus figuras, y que el pintor, que nunca había hecho observaciones tan exactas sobre zapatos, y se contentaba con un parecido general, nunca había visto. Pero, esto no ponía en duda el gusto del pintor; sólo demostraba una falta de experiencia en el arte de hacer zapatos. Imaginemos que un anatomista entra en el taller del pintor. Su obra, en general, está bien hecha, la figura en cuanto tal presenta una buena postura, y las partes se ajustan bien a sus movimientos correspondientes; sin embargo, el anatomista, crítico en su arte, tal vez observe que la hinchazón de algún músculo no se adecúa lo suficiente a la acción peculiar de la figura. Ahora es el anatomista el que observa lo que el pintor no había visto, y pasa por alto lo que había señalado el zapatero. Pero, una carencia de este último conocimiento crítico en anatomía no influye en el buen gusto natural del pintor ni de ningún observador común de esta pieza, como tampoco la falta de un conocimiento exacto en la elaboración de un zapato. A un emperador turco se le mostró un buen cuadro de la degollación de San Juan Bautista; aquél elogió muchas cosas, pero señaló un defecto; destacó que la piel no se encogía en la parte herida del cuello. El sultán, en tal ocasión, aunque su observación era muy acertada, no descubrió un gusto más natural que el pintor que ejecutó la obra, ni que mil expertos europeos, que probablemente no habrían hecho nunca la misma observación. Su Majestad turca, efectivamente, estaba bien familiarizado con aquel terrible espectáculo, que los demás sólo podían haberse representado en su imaginación. Acerca de su aversión hay una diferencia entre toda esta gente que deriva de las diferentes clases y grados de su conocimiento; pero, hay algo en común entre el pintor, el zapatero, el anatomista y el emperador turco, el placer procedente de un objeto natural, en la medida en que cada uno percibe que está perfectamente imitado, la satisfacción de ver una figura agradable, y la compasión procedente de un incidente sorprendente y conmovedor. Siempre que el gusto sea natural, es casi común a todos.

En poesía y otras obras de la imaginación, se puede observar la misma paridad. La verdad es que aquél, al que le encanta Don Bellianis, leerá a Virgilio friamente; mientras otro es transportado con la *Eneida*, y deja Don Bellianis para los niños. Estos dos hombres parecen tener un gusto muy diferente; pero, de hecho, difieren muy poco. En ambas obras, que inspiran sentimientos tan opuestos, se cuenta una fábula excitante para la imaginación; ambas rebosan acción, ambas son apasionadas; en ambas hay viajes, batallas, triunfos y constantes cambios de fortuna. El admirador de Don Bellianis tal vez no

entiende el lenguaje refinado de la *Eneida*, pero si éste se degradara al estilo del Viaje del Pelegrino, podría sentirlo con toda su energía, sobre la misma base que hizo de él un admirador de Don Bellianis.

En su autor favorito no le chocan los continuos abusos de probabilidad, la confusión de tiempos, las ofensas contra las costumbres, los recorridos geográficos, porque no sabe nada de geografía ni de cronología, y nunca ha examinado los fundamentos de la probabilidad. Si, por casualidad, lee algo acerca de un naufragio en la costa de Bohemia, completamente absorbido por tan interesante acontecimiento, y sólo preocupado por el destino de su héroe, no le perturba lo más mínimo este extravagante desatino. Pues, ¿por qué había de impresionarle un naufragio en la costa de Bohemia a quien sólo sabe que Bohemia puede ser una isla en el océano Atlántico? Después de todo, ¿qué implica esto para el gusto natural de la persona aquí imaginada?

Entonces, en la medida en que el gusto pertenece a la imaginación, su principio es el mismo en todos los hombres; no hay ninguna diferencia en la manera en que les afecta, ni en las causas de la afeción; pero, sí hay una diferencia de grado que procede principalmente de dos causas; sea de un grado mayor de sensibilidad natural, o de una atención más cercana y larga con respecto al objeto. Para ilustrar esto mediante la conducta de los sentidos, en los que se encuentra la misma diferencia, imaginemos que se presenta una mesa de mármol muy lisa ante dos hombres; ambos se dan cuenta de que es lisa, y a ambos les place por esta cualidad. Hasta aquí están de acuerdo. Pero, imaginemos que se les presenta otra mesa, y después otra, siendo la última aún más lisa que la anterior. Ahora es muy probable que estos hombres, que tan de acuerdo están sobre lo que es liso y en cuanto al placer que se desprende de ello, se opongan cuando hayan de decidir cuál de ellas tiene más brillo. En efecto, la gran diferencia entre gustos está aquí, cuando los hombres se ponen a comparar el exceso o la disminución de las cosas que se juzgan por grados y no por medida. Aunque cuando surge semejante diferencia, no es fácil establecer el punto, si el exceso o disminución no son notorias. Si nuestras opiniones son distintas en lo relativo a dos cantidades, podemos recurrir a una medida común, que puede decidir el asunto con la mayor exactitud; y esto, lo asumo, es lo que hace que el conocimiento matemático tenga mayor certeza que ningún otro. Pero, en cosas cuyo exceso no se juzga por ser mayor o menor, como la lisura y la rugosidad, la dureza y la suavidad, la oscuridad y la luz, y las sombras de los colores, es fácil establecer la diferencia, cuando es considerable pero no cuando es diminuta, por carecer de algunas medidas comunes, que tal vez nunca se descubran. En tales casos delicados, suponiendo que la agudeza del sentido sea equitativa, ganará el que ponga más atención y esté más acostumbrado a estas cosas. En lo relativo a las me-

sas, el pulidor de mármoles será indudablemente el que decidirá con mayor exactitud. Pero, a pesar de la falta de una medida común para concluir muchas disputas concernientes a los sentidos, y a la imaginación que los representa, vemos que los principios son los mismos en todos, y que no hay desacuerdo hasta que nos ponemos a analizar la preeminencia o diferencia de las cosas, que nos introducen en la provincia del juicio.

Mientras tratamos de las cualidades sensibles de las cosas, parece así que la única concernida sea la imaginación; lo mismo ocurre cuando se representan las pasiones, porque, en virtud de una simpatía natural, son sentidas en todos los hombres sin recurrir para nada al raciocinio, y su justicia reconocida en cada pecho. Amor, dolor, miedo, cólera y alegría, todas estas pasiones han afectado alternativamente a todas las mentes; y no las afectan de una manera casual o arbitraria, sino en base a ciertos principios naturales y uniformes. Pero, como muchas obras de la imaginación no se limitan a la representación de objetos sensibles, ni a las obras de las pasiones, sino que abarcan también costumbres, caracteres, acciones e intenciones de los hombres, sus relaciones, sus virtudes y vicios, éstas pertenecen a la provincia del juicio, el cual mejora mediante la atención y el hábito de razonar. Todas estas cosas constituyen una buena parte de lo que se considera objetos del gusto; y Horacio nos envía a las escuelas de filosofía y del mundo para que nos instruyamos en ellas. Cualquiera que sea la certidumbre que se adquiera en la moral y en la ciencia de la vida, el mismo grado de certidumbre tendremos en lo relacionado con éstas en las obras de imitación. En efecto, lo que llamamos gusto y lo que esto significa, a modo de distinción, depende en gran parte de nuestra habilidad en las costumbres y en las observancias de tiempo y lugar, y de decencia en general, que sólo se pueden aprender en aquellas escuelas que Horacio nos recomienda: aunque, en realidad, el gusto no sea más que un juicio más refinado. En conjunto, creo que lo que llamamos gusto, en su aceptación más general, no es una idea simple, sino en parte hecha de una percepción de los placeres primarios de los sentidos, de los placeres secundarios de la imaginación, y de las conclusiones de la facultad de razonar, acerca de las diversas relaciones de éstas, y acerca de las pasiones humanas, costumbres y acciones. Todo ello es indispensable para formar el gusto, y la base de todas estas cosas es la misma en la mente humana; pues, como los sentidos se encuentran en el origen de todas nuestras ideas, y consecuentemente de todos nuestros placeres, si no son inciertos y arbitrarios, la base entera del gusto es común a todos, y por lo tanto hay fundamento suficiente para razonar de un modo concluyente sobre estos temas.

Mientras abarquemos el gusto meramente de acuerdo con su naturaleza y especie, encontraremos sus principios enteramente unifor-

mes; pero, el grado en que estos principios prevalecen en los diversos individuos de la humanidad es en conjunto tan diferente, como similares son los principios. Pues la sensibilidad y el juicio, que son las cualidades que componen lo que comúnmente llamamos *gusto*, varían sobremanera en bastante gente. De un defecto en la primera de estas cualidades se desprende una falta de gusto; una debilidad en la otra hace que éste sea incorrecto y malo. Algunos hombres tienen sentidos tan embotados, y temperamentos tan fríos y flemáticos, que difícilmente se puede decir que están despiertos alguna vez durante el curso de sus vidas. En tales personas, los objetos más estremecedores no causan más que una leve y oscura impresión. Hay otros tan constantemente agitados por placeres groseros y meramente sensuales, o tan ocupados en la baja servidumbre de la avaricia, o tan acalorados a la caza de honores y distinción, que sus mentes, acostumbradas de continuo a las tormentas de estas violentas y tempestuosas pasiones, apenas pueden ponerse en movimiento por el delicado y refinado juego de la imaginación. Estos hombres, aunque por una causa diferente, se vuelven tan estúpidos e insensibles como los primeros; pero, siempre que los impresiona cualquier elegancia natural o grandeza, o estas mismas cualidades en cualquier obra de arte, se mueven en base al mismo principio.

La causa de un gusto incorrecto es una falta de juicio. Y ello puede desprenderse de una debilidad natural del entendimiento (sea la que sea la fuerza de esta facultad), o, lo que es mucho más común, puede proceder de una falta de ejercicio adecuado y bien dirigido, que es lo único que puede fortalecerlo y prepararlo. Aparte de que la ignorancia, la desatención, la mala voluntad, la temeridad, la ligereza, la obstinación, y en una palabra, todas aquellas pasiones y todos aquellos vicios, que pervierten el juicio en otros temas, no le perjudican menos en éste, su provincia más refinada y elegante. Estas causas producen diferentes opiniones en todo lo que es objeto del entendimiento, sin inducirnos a suponer que no hay principios establecidos para la razón. Y, en resumidas cuentas, puede observarse que hay menos diferencia en todo lo relativo al gusto entre los seres humanos, que en todo lo tocante a la sola razón; y que los hombres coinciden más respecto a la excelencia de una descripción en Virgilio, que respecto a la verdad o falsedad de una teoría de Aristóteles.

La rectitud de juicio en las artes, que se puede denominar buen gusto, depende en gran medida de la sensibilidad; porque si la mente no se inclina por los placeres de la imaginación, nunca se interesará suficientemente por obras de aquella especie, para adquirir un conocimiento competente sobre ellas. Pero, aunque se precisa cierto grado de sensibilidad para hacer un buen juicio, este último no se desprende de una sensibilidad rápida para el placer. A menudo ocurre que un juez muy pobre, meramente debido a una sensibilidad más com-



pleja, se ve más afectado por una obra muy pobre, que el mejor juez por la más perfecta. Pues, como todo lo nuevo, extraordinario, grande o apasionante está bien calculado para afectar a tal persona, y para que los defectos no la afecten, su placer es más puro y sin mezcla; y, como meramente se trata de un placer de la imaginación, es más elevado que ninguno que se derive de un juicio recto; el juicio se dedica en gran parte a poner obstáculos en el camino de la imaginación, a disipar las escenas de su encantamiento, y a sujetarnos al desagradable yugo de nuestra razón: pues el único placer, casi, que tienen los hombres en juzgar mejor que otros consiste en una especie de orgullo y superioridad conscientes, que nacen de pensar correctamente. Pero, se trata de un placer indirecto, un placer que no resulta inmediatamente del objeto que está bajo contemplación. En la mañana de nuestros días, cuando los sentidos están sin estrenar y tiernos, cuando el hombre entero está despierto en cada una de sus partes, y el brillo de la novedad fresco en todos los objetos que nos rodean, cuán encantadoras son entonces nuestras sensaciones, pero cuán falsos e inexactos los juicios que nos hacemos de las cosas. No espero recibir nunca el mismo grado de placer de algunas obras geniales como el que sentí a cierta edad de piezas, que mi juicio hoy mira como frívolas y despreciables. Toda causa trivial de placer es propensa a afectar al hombre de aspecto demasiado sanguíneo: su apetito es demasiado, para permitir que su gusto sea delicado, y es en todo susceptible de lo que Ovidio dice de sí mismo enamorado,

*Molle meum levibus cor est violabile telis,  
Et semper causa est, cur ego semper amem*<sup>2</sup>.

El que tenga este carácter nunca puede ser un juez refinado, ni lo que el poeta llama *elegans formarum spectator*. La excelencia y fuerza de una composición siempre se estimará imperfectamente en lo concerniente a las mentes de algunos, salvo si conocemos el temperamento y carácter de aquellas mentes. Los efectos más poderosos de la poesía y de la música se han manifestado, y quizá todavía se manifiestan, allí donde estas artes se encuentran en estado muy bajo e imperfecto. El oyente rudo se ve afectado por los principios que operan en esta artes, incluso en su condición más ruda; y no es lo suficientemente hábil para percibir los defectos. Pero, a medida que las artes avanzan hacia su perfección, la crítica avanza los mismos pasos, y el placer de los jueces se interrumpe con frecuencia debido a las faltas que se descubren hasta en la más acabada de las composiciones.

Antes de dejar este tema, no puedo pasar por alto una opinión

<sup>2</sup> Se clavan en mi pecho delicado las más livianas flechas de Cupido, y por esto estoy siempre enamorado.

que muchas personas sostienen, como si el gusto fuera una facultad separada de la mente, y distinta del juicio y de la imaginación; una especie de instinto, por el que se nos mueve naturalmente, y a primera vista sin ningún razonamiento previo, con las excelencias o los defectos de una composición. En lo que respecta a la imaginación y a las pasiones, creo ciertamente que la razón se consulta poco; pero, en lo concerniente a la disposición, al decoro y a la congruencia, en una palabra, allí donde el buen gusto difiere del malo, estoy convencido de que lo único que actúa es el entendimiento, y nada más; y su actuación está lejos de ser siempre repentina, y, en caso de serlo, seguramente no será correcta. Los hombres de mejor gusto, al considerar las cosas, con frecuencia cambian los primeros juicios precipitados, que a la mente, debido a su aversión por la neutralidad y la duda, le gusta hacer al instante. Se sabe que el gusto (cualquiera que sea) mejora, exactamente en la misma medida que mejoramos nuestro juicio, ampliando nuestro conocimiento, mediante una atención constante hacia nuestro objeto, y mediante un ejercicio frecuente. Lo que no han empleado estos métodos, si su gusto decide con rapidez, siempre es inciertamente; y su rapidez se debe a su presunción y temeridad, y no a alguna irradiación súbita, que en un momento disipa toda oscuridad de sus mentes. Pero, los que han cultivado aquella especie de conocimiento que hace el objeto de gusto, alcanzan, gradual y habitualmente, no sólo una solidez, sino también una prontitud en el juicio, como consiguen los hombres mediante los mismos métodos en cualquier ocasión. Al principio, éstos se ven obligados a delectarse, pero acaban leyendo con facilidad y rapidez, aunque la rapidez de esta operación no es prueba de que el gusto sea una cualidad inconfundible. No creo que nadie haya seguido el curso de una discusión, que girara en torno a materias de la esfera de la mera razón, sin haber observado la extraña prontitud con la que se desarrolla el núcleo argumental, con la que se descubren los fundamentos, se plantean y responden objeciones, y se extraen conclusiones de las premisas, con tanta presteza, como con la que se puede suponer que el gusto opera; e incluso se puede sospechar que nada más opera la simple razón. Multiplicar principios para cada apariencia distinta es inútil, y además nada filosófico.

Se podría hablar mucho más sobre este tema; pero no es su extensión lo que ha de prescribir nuestros límites, pues, ¿qué tema no se ramifica al infinito? Lo que debe poner fin a nuestras indagaciones es el carácter de nuestro esquema particular, y el simple punto de vista desde el que lo consideramos.